

un bulto confuso y grande. El pálido resplandor de los gusanos, semejante al destello de una sarta de aguamarinas y perlas, no le consintió al pronto discernir si eran bueyes ó personas, y cuántas, lo que se iba aproximando en silencio. Gabriel, sin reflexionar, se emboscó tras las plantas, con el corazón en prensa; si alguien le hubiese preguntado entonces ¿por qué te escondes y por qué te azoras así? no le sería posible dar contestación satisfactoria. El bulto se acercó... Era doble: se componía de dos cuerpos tan pegados el uno al otro como la goma al árbol; no hablaban; ¿para qué? El la sostenía por la cintura, y ella se recostaba en su hombro y le pasaba el brazo izquierdo alrededor del cuello. Marchaban con el paso elástico y perezoso á la vez, propio de la juventud y de la dicha avara, que regatea los minutos.

Hacia ya algunos que había desaparecido la enamorada pareja, y todavía estaba el artillero quieto, con los puños y los labios apretados, los ojos abiertos de par en par, el cuerpo tembloroso, los piés clavados en tierra como si se los remachasen, fulminado en suma por la última visión de aquella noche de verano. Al fin su pecho se dilató, como para respirar; estiró los brazos; descargó una patada en el suelo; y mandando enhoramala sus filosofías, su pulcritud de lenguaje y de educación, su cultura y su firmeza, arrojó, como arroja el caño de sangre la arteria cortada, una interjección obscena y vulgarísima, y añadió sordamente:

—¡Qué vergüenza... qué barbaridad!

## XXVII

No vayan Vds. á figurarse que desde el entronizamiento del Gallo y sus útiles reformas, encaminadas á acrecentar el decoro y representación de los Pazos, ó al menos de la mayordomía, se hubiese suprimido el tertulión de la cocina por las noches. Suprimir, no; depurar, es otra cosa. La autoridad del buen exgaitero se empleaba en alejar mañosa ó explícitamente de allí á la gentuza, como las nietas de la Sabia y otras *lambonas* que sólo andaban tras la intriga y á la socaliña del pedazo de pan hoy, y mañana del de cerdo, si á mano viene. Para semejantes brujas, chismosas y zurcadoras de voluntades, desde el primer día significó el Gallo, con toda su autoridad de sultán y marido, la orden de expulsión; ¡si conocería él el paño! Y Sabel, aunque muy dada á comadrear, hubo de conformarse—como se conformaría á andar á cuatro patas, si tales fuesen los deseos del insigne rey del corral.

Escogido ya el número de tertulianos, se redujo á los notables de Ulloa y Naya, al pedáneo, á los labriegos cabezas de familia y colonos de los Pazos, al criado del cura, al sacristán, al peón caminero y demás personas de suposición que por allí podían encontrarse; de suerte que varió muchísimo el carácter de aquel sarao, y no se parecía en lo más mínimo á lo

que fué en otros días, bajo la dominación de Primitivo *el Terrible*. Antaño, predominando el sexo femenino, se pagaba tributo muy crecido á la superstición: se refería el paso de la *Compañía* con su procesión de luces; se contaban las tribulaciones de la mocita, á quien le había dado *sombra de gato negro*, ó atacádola el *ramo cativo*; se ofrecían recetas y medicinas para todos los males; se gastaba una noche en comentar el robo de una gallina ó el feliz alumbramiento de una vaca; un viejo chusco refería cuentos, y las mozas, en ratos de buen humor, se tiroteaban á coplas, improvisándolas nuevas cuando se les acababan las antiguas. Toda esta diversión populachera era incompatible con los adelantos de la civilización que pretendía introducir allí el Gallo. Bajo su influjo, la tertulia, compuesta de sesudos y doctos varones, se convirtió en una especie de ateneo ó academia, donde se ventilaban diariamente cuestiones arduas más ó menos enlazadas con las ciencias políticas y morales. El Gallo se encargaba de la lectura de periódicos, que realizaba con aquel garabato y chiste que sabemos; y excusado me parece advertir lo bien informado que quedaba el público, y las exactísimas nociones que adquiría sobre cuanto Dios crió. Así es que el debate era de lo más luminoso, y mal año para los gobernantes y repúblicos que no viniesen allí á ver resueltos por encanto los problemas que tanto les dan en qué entender. Había en la asamblea especialistas, profundo cada cual en la materia á que consagraba sus

desvelos: Goros, el criado del cura de Ulloa, se dedicaba á la controversia teológica y á la exégesis religiosa, soltando cada herejía que temblaba el misterio; el señor pedáneo tenía á su cargo la política interior, cortaba sayos y daba atinadísimos consejos á Castelar y á Sagasta, hablaba de ellos como si fuesen sus compinches y vaticinaba cuanto infaliblemente iba á producirse en el seno del gabinete: un labriego machucho, el tío Pepe de Naya, antes encargado del ramo de chascarrillos, corría ahora con el de hacienda, y exponía las más atrevidas teorías de los socialistas y comunistas revolucionarios, sin necesidad de haber leído á Proudhon ni cosa que lo valga; y el ator de Boán, cuando llamado por deberes profesionales, ó alumbrado más de la cuenta, se veía obligado á pasar la noche en Ulloa, dedicábase á la propaganda filosófica, y ponía cátedra de panteísmo, explicando cómo los hombres y las lechugas son una sola esencia en diferentes posiciones... ó para decirlo en sus propias palabras, "lo mismito, carraspo, perdonando vusté „.

Uno de los mayores placeres de aquel senado campesino era confundir y aturdir con su ciencia á los ignorantuelos, á los criados de escalera abajo, ó sea de establo y labranza, haciéndoles preguntas capciosas y divirtiéndose en acrecentar su estupidez, cosa bastante difícil. A veces llamaban al pastor, aquel rapazuelo escrofuloso que padeció persecución bajo Primitivo y era ahora un tagarote medio idiota; y,

excitando su vanidad (que todos la tienen) le hacían soltar peregrinos despropósitos. Generalmente, le examinaban de teología.

—Quitaday, marrano, que tan siquiera sabes quién es Dios.

—Sé, sé—contestaba muy ufano el mozo, rasándose la oreja.

—Pues gomitalo.

—Es un ángel rebelde, que por su...

Coro de risotadas, de exclamaciones y de aplausos.

—A ver—exclamaba Goros;—¿para qué es el Sacramento del Orden?

—Si me pregunta de cosas de allá de Madri, yo mal le puedo dar satisfacción.

—¡Soó..., mulo! El Sacramento del Orden (abre el ojo) es para... ¡criar hijos para el cielo!

—Bien, ya estamos en eso—contestaba muy serio el gañán, entre la algazara y regocijo del ateneo de Ulloa.

Con intermedios de este jaez se amenizaban las discusiones formales. Es de saber que en tiempo de verano, y más si el calor arreciaba, y con doble motivo si era en días de maja y siega, el ateneo trasladaba el local de sus sesiones de la cocina á la parte del huerto lindante con la era: colocábanse allí bancos, *ta-llos*, cestas volcadas panza arriba, y sin derrochar más candela que la que los astros ó la luna ofrecían gratuitamente, gozando el fresco y oyendo en la era el canticio y el bailoteo de segadoras y majadores, departían sobrosamente, echaban yescas para el cigarro, y la con-

versación giraba sobre temas de actualidad, agrícolas y rurales.

En mitad de una acalorada discusión sobre la calidad del trigo cayó Gabriel Pardo, que regresaba de su tremendo viaje á través del valle de Ulloa. Por fortuna, la luz espectral, con ser tan viva y refulgente, no bastaba á descubrir al pronto lo descompuesto de su semblante; pero bien se podía notar lo ronco de la voz en que exclamó, encarándose con el primer ateneista que le salió al paso:

—¿Dónde está Perucho?

El Gallo se levantó obsequiosamente, y con sonrisa afable y la frase más selecta que pudo encontrar, respondió lo que sigue:

—Señor Don Gabriel, no le saberé decir con eusautitú... Quizásmente que aún no tendrá voltado, *en atención* á que no se ha visto por aquí su comparecencia...

—¡Falso! Es V. un embustero—gritó brutalmente el comandante, ciego de dolor y necesitado, con necesidad física, de desahogar en alguien y de hacer daño... de pegar fuego á los Pazos, si pudiese.—¡Ea!—añadió—á decirme dónde está su hijo de V. ó lo que sea... ¡Aquí no vale encubrir!

¡Quién vió al rey del corral erguirse sobre sus espolones, enderezar la cresta, estirar el cuello, y exhalar este sonoro quiquiriquí:

—Adispensando las barbas honradas de usted, señorito Don Grabiél, esas son palabras muy mayores y mi caballerosidá y mi dicencia, es un decir, no me premiten...

—¡Eh!... ¿Quién le cuenta á V. nada? ¿Qué se me importa por V.?— vociferó Gabriel nuevamente.— A quien necesito es á Perucho... Llámeme Vds., pero en seguida.

—Ha de estar en la era— indicó tímidamente el pastor.

Gabriel no quiso oír más, y desapareció como un rehilete en dirección de la era. Encontróla brillante, concurridísima. Una tanda de mozas y mozos bailaba el *contrapás*, al son de la pandereta y la flauta; la tañedora de pandero cantaba esta copla:

«A lua vay encuberta...  
A min pouco se me dá:  
A lua que a min m' alumbra  
Dentro do meu peito está.»

Ofala como en sueños el comandante, detenido á la entrada y presa entonces de un paroxismo de ira que le hacía temblar como la vara verde. "Calma... sosiego... voy á echarlo todo á perder...", decía consigo mismo; y al par que veía claramente su razón la necesidad de tener aplomo y presencia de ánimo, aquella parte de nosotros mismos que debiera llamarse la *insurgente*, le tenía entre sus uñas de fierecilla desencadenada, y le soplaba al oído:— Qué gusto coger un palo... entrar en la era... deslomar á estacazos á todo el mundo... arrimar un fósforo á las medas... armar el revólver, y en un santiamén... pum, pum... á éste quiero, á éste no quiero...

A su izquierda divisó un grupo, compuesto de Sabel y de varias comadres del vecindario: y delante, en pié, algo ensimismado, á Perucho en persona. Gabriel se le acercó, hasta ponerle la mano en el hombro; y al *tenemos que hablar* del comandante, estremeciése el montañés, pero respondió con súbita firmeza:

—Cuando V. guste.

—Ahora mismo.

—Bueno, ya voy.

Echó delante el mozo, y siguióle Pardo, sin añadir palabra. Alejándose de la gente, atravesaron el huerto, entraron en el corredor, llegaron á la cocina, donde la fregatriz revolvía en la sartén, con cuchara de palo, algo que olía á fritanga apetitosa; y el montañés, sin detenerse, tomó una candileja de petróleo encendida, y guió á las habitaciones de la familia del Gallo, entre las cuales se contaba cierta salita, orgullo y prez del mayordomo, porque en seis leguas á la redonda, sin exceptuar las casas majas de Cebre, no la había mejor puesta, ni más conforme á las exigencias del gusto moderno, sin que le faltase siquiera— ¡lujo inaudito, refinamiento increíble!— un *entredós* en vez de consola; un *entredós* de imitación de palo santo, con magníficos adornos de un metal que sin pizca de vergüenza remedaba el bronce. Frente á este mueble, en que el Gallo tenía puesto su corazón, un soberbio diván de *repis* amarillo canario convidaba al reposo, y Perucho, dejando la candileja sobre el *entredós*, hizo seña al comandante de que podía sentarse si gustaba,

al mismo tiempo que se le plantaba enfrente, con la cabeza erguida, resuelto el ademán, algo pálidas, contra lo acostumbrado, las mejillas, y pronunciando en tono que á Gabriel le sonó provocativo:

—V. dirá, señor de Pardo... ¿Qué se le ofrece?

El comandante midió de alto á bajo al bastardo, frunciendo la boca, con el gesto de desprecio más claro y más enérgico que pudo; acercóse luego á la puerta, y dió vuelta á la llave, que halló puesta por dentro; y volviéndose hacia el montañés, le escupió al rostro estas frases:

—¡Se me ofrece decirte que eres un pillastre y un ladrón, y que voy á darte tu merecido, canalla! ¡A ti y á la perra que te parió! ¡Mamarracho indecente!

Lo raro era que Gabriel oía sus propias palabras como si las dijese otra persona; y allá en el fondo de su ser, las comentaba una voz, susurrando:—Es demasiado, ese hombre habla como un loco.—Y no podía sujetar la lengua, ni contener la indignación frenética.—Por lo que hace á Perucho, oyendo aquellas cláusulas que abofeteaban, saltó lo mismo que si le hincasen en la carne un alfiler candente; desvió y echó atrás los codos, cerró los puños, y sacó el pecho, como para arrojarle sobre Gabriel. El furor ennegrecía sus pupilas azules, y daba á sus facciones correctas y bien delineadas la ceñuda severidad de un rostro de Apolo flechero.

—No... no me tutee V.—balbuceó reprimién-

dose todavía —no me tutee ni me insulte... porque tan cierto como que Dios está en el cielo y nos oye...

—¿Qué harás, bergante?

—Lo va V. á saber ahora mismo—gritó el montañés, cuyos ojos eran dos llamas oscuras en una máscara trágica de alabastro. Un segundo duró para Gabriel la visión de aquel rostro admirable, porque instantáneamente sintió que dos barras de hierro flexibles y calientes se le adaptaban al cuerpo, prensándole las costillas hasta quitarle la respiración. Intentó defenderse lo mejor posible; tenía los brazos en alto y libres y podía herir á su contrario en el rostro, arañarle, tirarle del pelo; pero aun en tan crítica situación, comprendió lo femenino y bajo de resistir así, y ¡extraña cosa! al verse cogido en la formidable tenaza, preso, subyugado, vencido por el mismo á quien venía á confundir y humillar, su ciega y furiosa ira y el hervor animal é instintivo de su sangre se calmaron como por obra de un conjuro, y hasta le pareció que experimentaba simpatía por el brioso mozo. Todo fué como un relámpago, porque el achuchón crecía, y el ahogo también, y el montañés tenía á su rival á dos dedos del suelo, aprestándose á ponerle en el pecho la rodilla. Intentó Gabriel un esfuerzo para rehacerse y librarse, pero Perucho apretó más, y mal lo hubiera pasado su enemigo, á no ser por una casual circunstancia. La butaca contra la cual estaba acorralado el comandante era nada menos que una mecedora, mueble que hacía la felicidad del Gallo, por lo

mismo que nadie de su familia ni de seis leguas en contorno acertaba á sentarse en ella sino después de reiterados ensayos, continuas lecciones y fracasos serios. Al peso de los dos combatientes, la mecedora cedió con movimiento de báscula, y el grupo vino á tierra, haciendo la dichosa mecedora el oficio de Beltrán Claquin en la noche de Montiel, pues Perucho, que estaba encima, se halló debajo, y Gabriel, sin más auxilio que el de su propio peso y corpulencia, con la rapidez de movimientos que dicta el instinto de conservación, le sujetó y contuvo, tenniéndole cogidas las muñecas é hicándole la rodilla en el estómago.

—¡Máteme, ya que puede!—tartamudeaba el montañés.—Máteme ó suélteme para que yo... le... ahog:..

El aliento se le acababa, porque el cuerpo de su adversario, gravitando sobre su pecho, le impedía respirar. Terminó la frase con un ¡zt, zt, zt! cada vez más fatigoso... Vió en el espacio unas lucecitas amarillentas y moradas... luego sintió un bienestar inexplicable y oyó una voz que decía:

—Pues anda, levántate y ahógame... ¿No puedes? La mano.

Se levantó, sostenido por Gabriel, tambaleándose, dió dos ó tres pasos sin objeto, se pasó la diestra por los ojos y miró al artillero fijamente; y como viese en su rostro una tranquilidad muy distinta de la furia de antes, la tuvo por señal de mofa, cerró otra vez los puños, y bajando la cabeza, como el novillo cuan-

do embiste, se precipitó... Gabriel adelantó las manos para parar el golpe con calma desdeñosa; entonces el montañés se contuvo, dejó caer los brazos, dió media vuelta, y encogiéndose de hombros exclamó:

—Yo no pego á quien no me resiste... ¿Somos aquí chiquillos? ¿Estamos jugando, ó qué?

Callaba Gabriel y reflexionaba, sintiéndose ya, con íntima satisfacción, dueño de sí y capaz de regir sus acciones. "Seamos francos—pensaba;—me he comportado como un bruto, he hablado como un demente. A bien que en mí son momentáneas las excitaciones; que si me durase como me da, yo me dejaría atrás á todos los salvajes. Un poco de juicio, señor de Pardo... Pero ahora se me figura que ya lo tengo de sobra."

—Oiga V....—dijo á Perucho, tosiendo para afianzar la voz.—Le he maltratado á V. hace un instante; obré mal, y lo reconozco. Es decir, no me faltan motivos de hablarle á V. con toda la dureza posible, pero con razones, no con injurias... Debí empezar por ahí.

—Los motivos que V. tiene ya los sé yo.. Demasiado que los sé.

—Se equivoca V.... Hágame el obsequio de sentarse; ya ve que no le tuteo ni le ofendo en lo más mínimo. Pero tenemos que hablar largamente y ajustar cuentas, de las cuales no he de perdonarle á V. un céntimo si sale alcanzado.. Vuelvo á rogarle que se siente.

Perucho se dejó caer en el sofá con hosco ademán, arreglándose maquinalmente el cuello

y la corbata, que ya no tenía muy en orden antes y que con la refriega se habían insubordinado por completo. Ocupó Gabriel la mecedora de enfrente y empezó á mecerse con movimiento automático. Arreglaba un discurso, pero lo que salió fué un trabucazo.

—¿V. sabe de quién es hijo? (al preguntarle se encaró con Perucho).

—¿Y á qué viene eso?—contestó el mozo.—¿No está V. cansado de conocer á mis padres? Déjeme V. en paz.

—Y siendo sus padres de V.... un mayordomo y una criada... ¿cómo se ha atrevido V.... á poner los ojos en mi sobrina? ¿Cómo se ha atrevido V.... (ensordeciendo la voz, que vibraba de enojo aún) á levantarse hasta donde V. no puede ni debe subir? ¡Sólo un hombre vil (acercándose al montañés) se aprovecha del descuido y de la confianza ajena para... apoderarse de... una señorita... y abusar de ella, cuando come el pan de su casa!

Perucho contenía los bramidos que se le venían á la laringe y oía, royéndose la uña del pulgar con tal ensañamiento, que ya brotaba sangre. Al fin pudo formar voz humana en la garganta.

—Quien... quien abusa es V., señor de Pardo... Sí señor; abusa V. de mi posición, de verme un infeliz, un hijo de pobres, un desdichado que no se puede reponer contra V., como corresponde... Pero me repondré, caramba; sí, me repondré... que tampoco no es uno ningún sapo para dejarse patear sin volverse á quien lo pa-

tea... Y nos veremos las caras donde V. gusté, que, aunque me ve sin pelo en ella, soy hombre para cualquier hombre, y á mí no me espantan palabras ni obras... Y si á obras vamos... si se trata de romperse el alma por Manuela, porque V. la quiere para sí y ha venido á hacerle los cocos..., ¡mejor, mejor! Nos la rompemos y en paz... También le puedo contar algunas cositas que le lleguen adentro para que tenga más modo otra vez... Que yo como el pan de esta casa, que Manuela es mi señorita, y que tumba y que dale... De eso de comer el pan, podíamos hablar mucho, porque, según le oí á mi madre, más dinero le debía á mi abuelo la casa de los Pazos que mi abuelo á ella... De ser Manola mi señorita... cierto que ella es hija de un señor... pero maldito si se conoció nunca que lo fuese... Desde chiquillos andamos juntos, sin diferencias de clases ni de señoríos, y nadie nos recordó nuestra condición desigual, hasta que cayó aquí, llovido del cielo, el señor Don Gabriel Pardo de la Lage... Manola, ahí donde V. la ve, no tuvo en toda su vida nadie que la quisiese más que yo, yo (y se golpeaba el fornido pecho); nadie que se acordase de ella, no señor, ni su padre, ¿V. lo oye?, ni su padre... Yo, desde que levantaba del suelo tanto como una berza, la enseñé á andar, cargué con ella en brazos para que no se mojase los piés cuando llovía, le di las sopas, le guardé el sueño y le discurri los juguetes y las diversiones... Yo le enseñé lo poco que sabe de leer y escribir, que si no, ahora estaría firmando con una cruz...

Yo la defendí una vez de un perro de rabia... ¿Sabe V. lo que es un perro de rabia? ¡No; que en los pueblos eso no se ve nunca! Pues al perro, con aquellos ojos encarnizados y aquel hocico baboso, lo maté yo, pero no de lejos, sino desde cerquita, así, echándome á él, machacándole la cabeza con una piedra grande, mientras la chiquilla lloraba muerta de miedo... ¡Si no estoy yo allí, á tales horas Manola es ánima del Purgatorio! En el brazo y en la pierna me mordió el perro, y gracias que la ropa era fuerte, y allí se quedó la baba... Otra vez la cogí á la orillita de un barranco, que si me descuido al Avieiro se me larga... Yo me quemé la mano en el horno por sacarle una bolla caliente, que se le había antojado... ¿ve V.?, aquí anda todavía la señal... Y yo por ella me echaría de cabeza al río y me dejaría arrancar las tiras del pellejo... Ni ella tiene sino á mí, ni yo sino á ella. ¿Que es V. su tío? ¿Y qué? ¿Se ha acordado V. de ella hasta la presente? ¡Buena gana! Andaba V. por esos mundos, muy bien divertido y recreado. Yo con ella, con ella siempre... ¡hasta morir! Me quiere, la quiero, y ni V. ni veinte como V... ni el mismo Dios del cielo que bajase con toda la corte celestial, me la quitan. ¡Así me valga Cristo, y antes yo ciegue que verla casada con V.!

El montañés hablaba con presteza, accionando mucho, como escupiendo palabras y pensamientos que desde muy atrás le rebosaban del corazón. Su gallarda persona y su acción fogosa y expresiva parecían no haber en la ridícula

sala, bien como el gran actor no encuentra espacio en un escenario estrecho; y á cada molinete de su fuerte brazo se hallaban en inminente peligro los cromos, las cajas de cartón, las orquestas de perritos y gatitos de loza, las figuras de yeso teñidas con purpurina imitando bronce, todas las simplezas importadas por el Gallo de sus excursiones orensanas—pues tan adelantado estaba el buen sultán en la ciencia suntuaria de nuestra época, que hasta cultivaba el *bibelot*. Gabriel oía, mostrando un rostro apenado, perplejo y meditabundo; á veces cruzaban por él vislumbres de compasión; otras, aquella pasión tan juvenil y fresca, tan vigorosamente expresada, le removía como remueve la escena de un drama magnífico; y su boca se crispaba de terror, lo mismo que si el conflicto, tan grave ya, creciese en proporciones y rayase en horrenda é invencible catástrofe... Viendo callado al artillero, Perucho se persuadió de que le convencía, y continuó con más calor aún:

—Si Manola es rica, sepan que yo no quiero sus riquezas, y que me futro y me refutro en ellas... Que el padrino gaste su dinero en lo que se le antoje; que lo gaste en cohetes, ó lo dé á los pobres de la parroquia. Dios se lo pague por la carrera que me está dando; pero con carrera ó sin ella... yo ganaré para mí y para mi mujer. Manola se crió como la hija de un labriego; no necesita lujos ni sedas; yo, menos todavía. Mi madre no es pobre miserable; heredó del abuelo un pasar, y me dará... Y si no me da, tal día

hizo un año. Con cuatro paredes y unas tejas allá en el monte, frente á las Poldras, vivimos como unos reyes, sin acordarnos del mundo y sus engañifas... Casualmente, lo único para que sirvo yo es para arar y sachar: los estudios me revientan: paisano nací y paisano he de morir, con la tierra pegada á las manos... Una casita y una heredad y una pareja de bueyes con que labrarla, no hemos de ser tan infelices que eso nos falte...; y en teniendo eso, que se ría el mundo de mí, que yo me reiré del mundo... y estaré como en el cielo, y Manola también... mientras que con V. rabiaría y se condenaría, porque no le quiere, no le quiere y no le quiere.

Acabar su peroración el montañés y sentirse Gabriel Pardo definitivamente vencido y arrasado por la corriente de simpatía que empezaba á ablandarle desde que había jadeado entre los brazos fuertes del mozo, fueron cosas simultáneas. Obedeciendo á impulso irresistible, tendió la mano para darle una palmada en el hombro; hizose atrás Perucho, tomando por nueva hostilidad lo que no era sino halago.

—¡No ponerse en guardia, amigo, que no hay de qué!—exclamó el artillero, cuya noble fisonomía respiraba ya concordia y bondad, al par que dolor y pena.—Tan no hay de qué, que se va V. á pasmar... Deme V. esa mano, y perdóneme todo cuanto le he dicho al entrar aquí... He procedido con injusticia, con barbarie y con grosería; pero si V. supiese cómo me estaba doliendo el alma, y cómo me duele aún... No conserve V. nada contra mí: deme la mano...

Los ojos azules le miraron con desconfianza, y Perucho retiró el brazo.

—Mucho estimo eso que V. dice ahora; pero mejor fuera no venirse con esos desprecios de antes... Nadie tiene cara de corcho, y la vergüenza es de todo el mundo.

—V. lleva razón; pero yo la he perdido media hora de este aciago día... Motivo me ha sobrado para ello. ¡Óigame V., por lo que más quiera! Por... por mi sobrina. Deme V. su palabra de que hará lo que voy á rogarle.

—No, señor, no; yo no prometo nada tocante á Manola. ¿Y á qué viene mentir? Mejor es desengañarle. Lo mismo da que lo prometa que que no lo prometa. Ahora prometería, pongo por caso, no arrimarme á ella en jamás, y de contado me volvería á pegar á sus faldas. Imposibles no se han de pedir á nadie.

—No es eso... ¡Si V. no me oye!..

—¿No es nada de dejar á Manoliña?

—No... Es que me prometa V. que de lo que vamos á hablar no dirá V. palabra á nadie... ¡á nadie de este mundo!

—Corriente. Si no es más que eso...

—No más.

—Pues venga.

—No—replicó Gabriel bajando la voz...—Aquí no... Acompáñeme V. á mi cuarto... Tengo excelente oído... y juraría que anda gente en el corredor.